

entre otras obras de menos relieve, un cuadro de género, *El Jorobado de Burghondo*, de lo mejor que ha producido su pincel.

Se ha censurado a los artistas, en este Certamen, por el afán de insistir en los aspectos tétricos y maleficiados de España, como si pesase todavía sobre nosotros el hechizamiento de Carlos II; pero el cuadro de Chicharro, que retrata algo anormal, no infunde depresiva tristeza; al contrario. Ese jorobado, que rasca su vihuela con tanta fe, no es lúgubre, no es un idiota; es un tipo en el cual hay nobleza hidalga, como hay profunda simpatía humana en la mujer que le escucha, extendidas las manos sobre la faldamenta pomposa.

Otro discípulo de Sorolla, Benedito, no ha traído sino una interesante acuarela; y Alvarez de Sotomayor, que se ha limitado a enviar un cuadro de género y un retrato, hace muy buen papel con sus *Paisanos gallegos*, rebosantes de verdad. Tampoco este cuadro pertenece a la serie de la España negra y truculenta. Los estudios de Galicia, por ahora, no han tomado ese aspecto, salvo en algunos melancólicos bocetos de Corredoira. Los paisanos de Sotomayor, perfectamente vistos y pintados, son dos alegres compadres, que toman la vida por su lado bueno, y se abrazan al jarro y a la olla. Hasta no me atrevería a jurar que no se encuentren un poco chispas; chispas, bien entendido, del vinillo de la tierra, que no hace más que enrojecer la nariz y abrillantar los ojos. Y esos dos aldeanos, en su cara, revelan inteligencia despierta y viva; no son el bracero embrutecido por la labor, no son el rudo paleta encorvado sobre la tierra; son dos mozos listos, que el día menos pensado emigrarán a Montevideo, y volverán con pesos en el bolsillo y una cadena de oro. En Galicia habrá España tétrica, pero abunda más la España normal, y hasta la España sagaz y picaresca.

Eugenio Hermoso, el extremeño, es otro pintor del cual se dice que ha «encontrado la energía de la raza»; su férrea contextura, que a tantos degastes resiste. Nacido en uno de estos países donde esta energía se demostró más vigorosamente, Hermoso pinta con una intensidad de realismo extraordinaria, y casi diría que no cabe pintar mejor. Son siempre tipos populares los que copia. En la Exposición actual, merece citarse el estudio titulado *En el Berrocal*. En él parece revivir Murillo, no el de las Concepciones y de las Virgenes morenas, sino el de los pilluelos de la calle—el de los cuatro paineles de Munich.

Declaro paladinamente que la misma escasa atracción que siento hacia la literatura de intenciones sociales, me infunde la pintura de iguales fines. Es decir: todavía considero las artes plásticas menos a propósito para las propagandas de ideas. No quiere esto decir que no se puedan sugerir ideas pintando o esculpiendo; pero en todo caso, las ideas tienen que nacer de la contemplación de la verdad, no de una alegoría siempre abstracta. Puede haber eficacia predicadora en cuadros como *Los Comuneros*, de Gisbert, pero siempre a condición de que el estudio de la época y de los personajes sea sincero y la intención se oculte tras la verdad. Yo no niego los méritos del tríptico de Galofre, en que vemos a Cristo, de pie en un automóvil, tender un ramo de oliva supongo que a patronos y obreros, o, si se quiere extender más el pensamiento, a pobres y ricos, oprimidos y opresores; pero, sin poderlo remediar, me acuerdo de aquel otro cuadro a que se refería Gustavo Flaubert—¡cuántos años hace!—en la *Educación sentimental*, y donde Cristo guiaba una locomotora. Temo que en la próxima Exposición se nos aparezca el Redentor en biplano.

Estos cuadros siempre provocan discusiones. Después de Romero de Torres, son el tríptico de Galofre, *La Procesión del Corpus en Leseo*, el *Exvoto* de Cortés, y los *Caciques y mendigos*, de Zubiaurre, lo que más pasto ha dado a las charlas. De Romero de Torres he hablado ya; en cuanto a la *Procesión*, obra de Elías Salaverría, encuentro que es triste, pero notable. Comparad a los *Campesinos gallegos* de Sotomayor, esos aldeanos vascos, y a la retzona alegría de los dos compadres abrazados al jarro, el fervor sombrío de esos creyentes, contreráneos de San Ignacio de Loyola. Con sólo mirar ambos lienzos, comprenderéis gran parte de la historia de España, de mediados a fines del XIX. En el país donde esos devotos semiextáticos siguen al sacerdote que lleva la Santa Forma, tuvo que desarrollarse, sangrienta y terrible, la guerra civil, cuyo fondo era religioso, más que legitimista. Y en el país donde esos dos ladinos bebedores sonríen satisfechos de la vida y recelosos y cautos con el prójimo, tuvo que abortar la misma guerra, siendo vanos cuantos arbitrios se empleasen para sacar de su escepticismo cazarro a los labradores, sobrado convencidos de que, vayan las cosas de este modo, vayan del otro para ellos no

han de resultar sino aumento de contribuciones y diabluras de caciques. *La Procesión*, en suma, es una fuerte página.

En cuanto al *Exvoto*, donde el joven artista se retrata en traje moderno entre santos y vírgenes, es una señal del espíritu arcaico que, a pesar de las conquistas del naturalismo y del verismo, va dominando en tantos pintores, y no es otra cosa sino el natural deseo de originalidad, exasperado por lo trillado de todos los caminos, y que se refugia en las sombras del pasado, para hacer algo nuevo con lo viejo, y pedir a los maestros antiguos el secreto de la emoción que nos causan. No se piense que esto sucede en España tan sólo. En la Decenal, de París, tuve ocasión de notar la tendencia al arcaísmo, y la imitación sistemática y hábil de los maestros, empujando por nuestro Velázquez y nuestro Goya. Generalmente se imitaba la factura buscando libremente asuntos a que aplicarla; pero ahora, notamos que es el asunto mismo lo que se reproduce, y por supuesto, el procedimiento también. Quitad del *Exvoto* la figurita graciosa del autor, y pudierais colgar el cuadro en vieja Colegiata, y suponerlo obra de un contemporáneo de Domenico Teotocopuli. Y hay arcaísmo, hasta el infantilismo, en *El cariño*, de Puchol, y en la *Fiesta de los cofrades*, y en *Caciques y mendigos*, y en Romero de Torres; arcaísmos diversos entre sí, pero que no dejan de significar igual tendencia a vaciarse en los moldes de ayer, con cierto hastío de lo actual.

Es un caso febril de arcaísmo el joven pintor gallego, Corredoira, que se encuentra bajo la influencia del Greco, pero la exagera, y, dotado de facultades nada vulgares, las esteriliza por ese mismo anhelo de arcaizar. Su envío a la Exposición del Centro Gallego guardaba aún cierta mesura; en la Nacional la ha perdido. Y es gran lástima, porque, lo repito, este pintor tiene condiciones no comunes. No necesitaría más que sujetarse, ahondar, meditar, no entregarse tanto a su fantasía. Es todavía muy joven y supongo que su madurez nos permitirá celebrar sin restricciones sus aciertos.

Garnelo ha expuesto un cuadro interesante, no sólo por el estudio arqueológico que supone, o por lo hábil de la composición y el interés del asunto, que nos muestra, en la España anterior al cristianismo, el elemento de la fe, integrador de la raza. Se titula *Santuario greco ibérico* y nos muestra a la sacerdotisa, tocada y vestida como el famoso busto de Elche, recibiendo las ofrendas de los devotos, las lámparas de barro encendidas, y la galera en miniatura, que el viejo marinero trae a los pies de la diosa, en gratitud de haber salvado del naufragio. El contraste de las luces de las lámparas y el fondo de mar azul que a lo lejos se divide como un lampo, hacen muy grata la tonalidad de este lienzo.

Un pormenor observo: en esta Exposición, han desaparecido los cuadros de Historia. Sólo veo uno, *La carga de Taxdirt*. Se ha realizado una evolución completa del gusto del público. Veinte años ha, no se veían más que enormes lienzos históricos. La influencia de Juana la loca y La rendición de Granada y otras obras que abrieron surco, se ha disipado.

Dejo de hablar de muchos cuadros que han fijado mi atención, no porque no mereciesen mención expresa, sino porque no tengo espacio que consagrarles. En el paisaje he visto mucho y muy bello. En el retrato, tampoco faltaría algo que elogiar explícitamente. Ya he dicho que la Exposición supera a la mayor parte de las anteriores, y revela un estudio concienzudo de España. Parece que el carácter de la patria antes interpretado sólo de un modo pintoresco, ahora se busca en su fondo psicológico; y, aun cuando exista pesimismo en el modo de entenderlo, y el color local derive hacia lo siniestro y lo brutal, yo encuentro que esta dirección del arte no es de las que merecen reprobación. Siempre buscarán los pintores algo que impresione, y el drama, que antes encontraban en la Historia, puede surgir de las costumbres; pero, a vueltas de esa España trágicamente acentuada, de la escuela zuloaguista, aparecerá otra sana, viril, normal, y hasta regocijada y vertiendo simpatía. Ambos aspectos abarcó Goya, y no hemos pensado en cordenarlo.

A la España sana pertenecen los *Novios*, de Vázquez; las *Mariscadoras*, de Alvarez Sala; los paletos, de Marcos Arregui; la guapa moza, de Ribera; la *Novia*, de Benlliure; las segovianas, de Hurtado de Mendoza; los marineros, de Iborra; las chulas, de Bermejo; la *Familia*, de Poy Dalmau; los mismos contrabandistas, de Covarsi; el torero, de Moya; los pilluelos, de Huidobro; el tríptico, de Pinazo, *Los enredos del diablo*; los gallegos, de Sotomayor..., y tantas obras más. No puede decirse que la pintura nos entone el *De profundis*.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La Exposición Nacional de Pintura, de este año, a mi ver, es superior a las anteriores. Quizás en esto no voto con la mayoría, pero tal es mi impresión, y no por favorable debo ocultarla.

En esta Exposición, no sólo aparecen tendencias y orientaciones que indican vitalidad, sino que algunos artistas, ya muy estimados del público, se afirman brillantemente, y, en general, los que habían logrado hacerse un nombre, lo defienden con obras dignas de él.

Es difícil, a primera vista, discernir cuál de los pintores ha presentado obra más sólida, y es sobre todo casi imposible conciliar los juicios del público, porque algo de la discordia y juicios encontrados de los profesionales se ha comunicado a los profanos. Las discusiones han sido tan empeñadas, que han amenazado degenerar en motines; se hablaba, como en los buenos tiempos de las asonadas callejeras, de apedrear el palacio de la Exposición, rompiéndole la montera de vidrios, si la medalla de honor no se otorgaba a determinado artista; y todo esto (piénsese como se piense) es azogue, es fuego en las venas de la juventud. Considerad, por otra parte, la diferencia entre apasionarse por un cuadro y volverse loco por un torero. No sólo no me escandaliza lo ocurrido a causa de Romero de Torres, sino que me complace.

Y, ¿qué son, en suma, esos tan discutidos cuadros de Romero de Torres? Ante todo, debo confesar que, reconociendo el fundamento de las críticas más duras que sufren, me sucede algo de lo que a cierta señorita española le pasaba con el rey intruso, José Bonaparte. Háblanle dicho a la señorita que el rey intruso era feo, tuerto y borracho, y ella se desconsolaba, reconociéndose una mala patriota, porque, a pesar de todo, José Bonaparte le gustaba. Hay sin embargo una diferencia: Pepe Botellas no era, en realidad, ni borracho, ni tuerto, ni horrible, y los cuadros de Romero de Torres son todo lo que dicen sus severos censores. El hecho no puede negarse; y, sin embargo, hay en ellos cierto encanto y atractivo de idealidad por el cual nos enganchan.

Cinco son las obras de Romero de Torres: entre ellas, sobresalen dos retratos, el de Pastora Imperio y el de Adela Carbone.

Desde luego, no son las retratadas, como el artista las pinta. Si lo fuesen, pertenecerían al número de esos tipos históricos de belleza y espiritualidad expresiva, que al través de los siglos hacen soñar. Pero yo, aunque apenas conozco, ni de vista, a los modelos, apostaría que no tienen esta forma tan glacial, ni esos pies tan finísimos, ni siquiera ese mirar incendiario y subyugador.

Dejando aparte a Romero de Torres, al cual le quedan muchos años por delante para corregirse y para estudiar la naturaleza, base necesaria hasta de la idealidad, hay cuatro pintores en esta Exposición que son, hace ya algunos años, realidades bien sazadas, y continúan afirmando aquí su personalidad. Me refiero a Chicharro, Benedito, Alvarez de Sotomayor y Eugenio Hermoso.

Eduardo Chicharro es discípulo de Domínguez y de Sorolla; trabaja desde 1897, en que obtuvo mención honorífica; después de esta primera distinción, consiguió varias primeras medallas; y ahora expone,